

FIGURAS DE OTREDAD EN LA OBRA DE ANTONIO PIGAFETTA

Miguel Ángel Segundo Guzmán

Universidad de Guanajuato

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-5209-6425>

Correo: miquilistli@yahoo.com.mx

Resumen: ¿Cómo pensar la lógica del relato de viaje? ¿Qué tipo de saber produce? El presente artículo trata de problematizar estas interrogantes a través de la lectura y tematización de algunos fragmentos de alteridad que se encuentran en la obra de Antonio Pigafetta. En su *Primer viaje alrededor del globo*, el autor reflexiona sobre su travesía en la expedición de Magallanes y se permite pensar la distancia y la alteridad que experimentó por esas latitudes. ¿Cómo *historizar* esas otredades? Se analizará la forma de trabajar la novedad emanada de la experiencia del viajar, la naturaleza de la construcción de alteridades en los confines del orbe conocido y la manera de producir otredades imaginarias: la representación de los indios brasileños y los gigantes de la Patagonia. La obra es una muestra de construcción del saber colonial sobre los confines, un documento que permite pensar las identidades sociales en la historia temprana de América.

Palabras clave: Pigafetta, Magallanes, Otredad, Gigantes, Descubridores.

Abstract: How to think about the logic of the travel story? What kind of knowledge does it produce? This article tries to problematize these questions through the reading and thematization of some fragments of alterity found in the work of Antonio Pigafetta. In his *Primer viaje alrededor del globo*, the author reflects on his journey on Magellan's expedition and allows himself to think about the distance and otherness he experienced in those latitudes. How to historicize these othernesses? The way of working with the novelty emanating from the experience of traveling, the nature of the construction of alterities in the confines of the known world and the way of producing imaginary alterities will be analyzed: the representation of the Brazilian Indians and the giants of Patagonia. The work is an example of the construction of colonial knowledge about the borders, a document that allows us to think about social identities in the early history of America.

Keywords: Pigafetta, Magallanes, otherness, giants, discoverers

Testigo ocular, sabe porque ha visto. El *histor* sería en principio, o de entrada, un ojo.
François Hartog. *El espejo de Heródoto*.

Cosmovisiones en movimiento

Los sujetos se mueven con su cultura acuestas, bajo los mecanismos exo-cerebrales¹ que han constituido en la sociedad. Viajan al interior de las certezas de su cosmovisión, en esos bosques de símbolos que le dan significado a la existencia y construyen el *hábitat* y sus fronteras. Desde ese lugar, el viaje implica el encuentro con la novedad, salir a los límites para experimentar. Ese mar de experiencias inscribe su recorrido por las tramas de la existencia, enmarca sus posibilidades de interpretación y reconocimiento en la condición de historicidad de los sujetos que se desplazan. Adquiere significado en la formación intelectual del viajero: “(...) el viaje empieza en una biblioteca. O en una librería. De manera misteriosa, prosigue allí, con la claridad de esas razones que ya antes se esconden en el cuerpo”.²

Los viajes inician en el mundo interior del sujeto: en las redes de saber que ha fraguado por años, en esas expectativas que le dan verosimilitud al anhelo de ir a su encuentro. De forma que nos desplazamos para *conocerlas*, para ir más allá de las palabras, al encuentro con lo que prometen. Atravesamos mundos del saber portando el horizonte que se traslada con nosotros, envueltos en tradiciones interpretativas, bajo las expectativas de lo que emergerá: en racimos de símbolos plantados en nuestra imaginación. Caminamos sobre las rutas trazadas por los deseos, para encontrar y confirmar en el concepto emergente de realidad imperante: ficción constituida por las fabulas del saber y certificada por los imaginarios vigentes. Viajamos para encontrar certezas, para ser transformados por esas ficciones.

Los viajeros de la época del *Encontronazo Americano* avanzan bajo las máximas del reconocimiento existencial: vidas labradas en añejos imaginarios sobre la mar, navegan en itinerarios repletos de simbolismo, en un océano de los conocimientos compartidos. Se trasladan por los extremos de la *ecúmene*, en la ruta marcada por los saberes. Bajo esa bóveda de los deseos de Occidente surge la necesidad de atravesar un

¹ Véase Roger Bartra, *Antropología del cerebro*.

² Michel Onfray, *Teoría del viaje*, p. 29. Un estudio fascinante para pensar el lugar del viaje y sus posibilidades de estructurar el saber que de suyo posibilita.

mundo que se inauguraba, de pensar los contenidos que atesoraba. Una empresa maquinada en el seno de viejas certezas culturales, en donde había un espacio poblado de *alteridades esperadas*: formas de diferencia que se almacenaban en alguna *Autoridad* y que bajo su manto encontraban su explicación y sentido. Su *logos* se enfrenta con diferencias *próximas*, en la medida en que ya tenían un correlato en el horizonte de significados que el saber validaba. Otriedades previstas, entre la ensoñación y las lecturas, configuraron *alteridades de Biblioteca*: seres imaginarios que vivían en la *ecología de las ideas*³ —en los pliegues de la cosmovisión del descubridor— que llenaron los vacíos que permitió la expansión de la cultura occidental sobre el orbe.

La experiencia del viajar se trabaja entre las memorias de sus participantes. En plural, esos recuerdos adquieren estabilidad cada vez que se enuncian, así la empresa es socializada. Las miradas sobre lo desconocido se deben verbalizar, cada vez que se enuncian cristalizan sus experiencias sobre las recurrencias de la narración, en los hitos del relato. Para volverse la versión autorizada se tiene que instituir en escritura: una mediación fija para ser comunicada. Las experiencias de alteridades en los viajes han pervivido gracias a su *inscripción* en los relatos de esos sujetos que atravesaron la ecúmene. En la escrituración de su experiencia. Un proceso que implica la interpretación de lo visto: Los sujetos al experimentar el viaje interpretan el itinerario en las claves simbólicas de su época: repiensan lo *ya-conocido* que debe *estar-en-ese-mundo*.

Bajo las certezas que lo cobijan, ocurre un proceso de *re-conocimiento* que implica interpretar lo que la experiencia da de suyo, lo que los sentidos ofrecen a la cognición, a la validación de lo que se está viviendo. Es un proceso que implica *domesticar el viaje*: un procedimiento mental para interpretar adecuadamente la *sorpresa*:⁴ para no dejarse sorprender, para aplacar en efecto de extrañeza que posibilita. De aceptar lo nuevo a condición de que tenga sentido en el marco de los saberes. La disección de la alteridad implica un diálogo con la tradición: lo *novum* se vuelve significativo, lo extraño se aplaca.

El orden de los acontecimientos, una vez que se ha convertido en pasado, se codifica en relatos que constituyen las memorias del viaje: formas adecuadas del recuerdo, principios de legibilidad para contar lo sucedido, marcas significativas que organizaron

³ Véase a Edgar Morin, *El Método IV. Las Ideas*.

⁴ En el sentido que Koselleck ofrece a la posibilidad de que surjan experiencias, véase el clásico *Los estratos del tiempo*: “La unicidad de una serie de acontecimientos se encuentra empíricamente allí donde se vivencia una sorpresa. Experimentar una sorpresa significa que algo sucede de distinta manera de como se había pensado. «Las cosas suceden de otra manera y, además, distinta de lo que se pensaba” (Wilhem Busch). De repente se está ante un *novum* (...). p. 39.

la naturaleza de la aventura. Se vuelven representaciones para pensar los eventos en aquellos límites, narrativas para poder charlar de lo que en su momento se superó: de cómo lo extraño fue vencido. Las memorias se instituyen a partir de la lógica del *regreso*, para construir la mediación imaginaria de lo verídico de esos episodios. Cuentan *el cómo llegamos a ser lo que somos*, por qué seguimos vivos, cómo nos llenamos de gloria. Esas escrituras explican el presente de los sobrevivientes: respaldan su lugar existencial, la condición de viajero, de *Descubridor*.

Para lograrlo, debe ocurrir un salto hacia el saber imperante, entre sus tramas se tienen que construir los puentes para hacer transitar el mundo interpretado, para hacer verosímil el viaje. Se debe convencer a la audiencia/lectores que fue real la experiencia del viajar. La escritura debe transmitir confianza en lo narrado, aspirar a instituirse como verdad de lo que presenta. Una disposición retórica envuelve los acontecimientos, autorizados en la credibilidad que otorga la versión de primera mano. La finalidad de los *tropos* elegidos implica hacer verosímil lo que se cuenta.

Transformar en historia la narrativa personal. Bajo una disposición discursiva cuya finalidad sea persuadir, ese relato debe emerger como verdad. Tiene que producir el efecto de transparencia de esa experiencia: la escritura otorga certeza y confianza, escorza para sus lectores el mundo bosquejado por los viajeros. Una experiencia cosmológicamente significativa.

Las escrituras fundan lo que puede/debe ser mostrado de la épica de los viajes. Enseñan las *moronas* de simbolismo que se esparcieron en el itinerario: muestran lo que fue el camino, los marcadores dignos de ser reconocidos. Construyen un cuadro, aquello que legarán los viajeros al mundo, los encantos y sinsabores que se encuentran en los extremos. Los escritos emergen como mediación de lo *lejano/ausente*: en sus ficciones trabajan el mar y sus misterios, las afirmaciones vislumbran la tierra y sus riquezas. De esa forma el relato domestica la experiencia del viajar: el texto se vuelve digerible para una sociedad que quiere conocer.

Por su fuerza para nombrar se instituye en autoridad, permite echar un vistazo a lo que de otra forma quedaría vedado para el público; con el relato de viaje se ensancha la memoria. El cúmulo de experiencias domadas por el yugo de la escritura configura un *artefacto intelectual para pensar la distancia*, un operador lógico para abatir la diferencia al enraizar fugazmente la presencia del yo en el interior de la diferencia-extrañeza.

El viaje de Magallanes, como el grueso de los que *inventaron América*, implicó travesías significativas al interior de la esfera del saber. Experiencias que ponen a prueba

la cosmovisión que sostenía ese mundo y que se desplazó con ellos para significar las lejanas tierras. Los navegantes de la época viajan para colmar el nombre de gloria y riqueza, pero también para conocer. Descubrir implica una aprehensión de primera mano de lo que sólo se encontraba en los libros, una afirmación existencial para someter un espacio que lejos estaba de encontrarse vacío. El viaje se inicia para conocer, pero implica una concordancia con la verdad que habita en los extremos del *orbis terrarum*. Una imagen del mundo sostiene lo aprendido, aquello que un navegante puede esperar.

Para pensar históricamente los contenidos del relato de viaje hay que confrontarlos con los significados de la época. Leerlos desde los cuadros tradicionales de alteridad, en los elementos que constituyen lo esperado del *sentido común*: imágenes, personajes y significados que naturalmente deben habitar los confines, que *deben-estar-ahí*. Pero para que ocurra ese acto de comprensión, *alguien* debe de generar esa experiencia.

La empresa de Magallanes contó con un pasajero que inmortalizó el evento al volverlo narración. Entre la tripulación un sujeto logró domesticar el viaje con su pluma, un *gentilhombre* que ejerció la autoridad que otorga el regreso de la empresa. Don Antonio Pigafetta fue el encargado de codificar las experiencias en relatos verosímiles. En su crónica del viaje menciona la aspiración para generar discurso, condición natural que lo preparó para la travesía:

Como hay hombres cuya curiosidad no se satisfaría oyendo simplemente contar las cosas maravillosas que he visto y los trabajos que he sufrido durante la larga y peligrosa expedición que voy a describir, sino que querrían saber también cómo logré pasarlos, no pudiendo prestar fe al éxito de una empresa semejante, si desconociesen los menores detalles, he creído que debía dar cuenta en pocas palabras de lo que originó mi viaje y los medios por los cuales he sido bastante feliz para realizarlo.⁵

Pigafetta es un conspicuo lector que enunciará el mundo desde sus filtros: viaja para acreditar lo contado por los laudos del saber. Su escritura materializará: observa, resignifica e inventa para *hacer ver* la grandeza de la empresa en que participó. Una mente que se ha labrado en la erudición, pero que en la experiencia busca *domar* aquello que se despliega ante sus ojos entrenados en interpretar lo visto. Pigafetta con sus *memorias del viaje* endulza el oído al mundo de la política del siglo, escribe para la mirada de la máxima autoridad espiritual: El papa Clemente VII. En el fondo son narraciones que encantan: muestran los lugares donde peligra la identidad, enseñan que la grandeza solo puede ser probada bajo la exigencia de lo imprevisto.

⁵ Antonio Pigafetta, *Primer viaje alrededor del globo*, p. 7.

El *Diario de viaje* es una *forma discursiva* que articula una prosa para conocer, pero también para entretener bajo el signo de la hazaña.⁶ Al escucharlo narrar sus proezas, el Pontífice le pidió una copia de su relato, para *re-conocer* y *re-vivir* lo que otros ojos habían visto en sus travesías por el Mundo. El relato de viajes ofrece baños de exotismo al interior de la cosmovisión que lo postula: en atmosferas de diferencia logra crear pedagogías que refuerzan la identidad.

Bajo sus fojas e imágenes domestica el viaje: transmuta la experiencia en narración para incluir a otros en los recuerdos y evocaciones que provoca; socializa la versión del acontecimiento, busca establecer verosimilitud compartida que implica certeza en lo vivido. Domesticar el relato implica llevar lo extraño a lo propio: la alteridad se vuelve cognoscible. Narrar implica *hacer ver, muestra...* lo que la experiencia produce en los bordes de la identidad.

*

Autoridad y experiencia

El uso de referencias para contar el mundo atraviesa el relato de la invención americana. ¿Cuáles son las fuentes intelectuales de esa epopeya? Para la lógica de sus participantes el interés por descubrir se alimenta del gran movilizador de voluntades premoderno, aquél que posibilita la autoridad imaginaria que detona los simbolismos del Oriente y sus fantasías. Por muchos siglos se cocinó esa maceración en el Occidente medieval: sostuvo la avanzada al Oriente, la empresa de Marco Polo, los franciscanos en Asia, etc.

Esas ilusiones tienen un horizonte de autoridad muy añejo: en el relato bíblico que desde muy temprano construyó esa identidad imaginaria. Al describir la geografía de los ríos del Jardín del Edén en el Oriente señala: “Uno de ellos se llama Pisón, es el que rodea todo el país de Javilá, donde hay oro. *El oro de aquel país es fino. Allí se encuentra el bedelio y el ónice*”.⁷ El origen de las riquezas, un poderoso atractor del imaginario pero que estaba vedado para los mortales: “Tras expulsar al hombre, puso adelante del jardín del Edén querubines, y la llama de espada vibrante para guardar el camino del árbol de la vida”.⁸ Atractiva ambivalencia, capaz de movilizar conciencias en busca de lo inaccesible.

Esas sentencias bíblicas se organizaron bajo un sistema de autoridad. Los padres de la Iglesia pensaban que el Paraíso se encontraba al este de la Creación, era una teología

⁶ Véase el artículo de Perla Chinchilla, “Las ‘formas discursivas’. Una propuesta metodológica”.

⁷ Génesis 2: 11-12. Las cursivas son mías.

⁸ Génesis 3: 24.

certeza. San Efraín afirmaba que estaba en una montaña. El Edén se ubicaba separado por un “bazo del Océano”.⁹ Isidoro de Sevilla organiza jerárquicamente la geografía del mundo imperante:

Se denomina orbe por la redondez de su círculo, porque es semejante a una rueda; por eso, a una rueda pequeña se le da el nombre de *orbiculus*. El océano la rodea por todos lados, limitando sus confines como un círculo. El orbe está dividido en tres partes, una de las cuales se denomina Asia, otra Europa, y la tercera África”.¹⁰

En su revisión sobre las partes del orbe, Isidoro se detiene en Asia para comenzar, desde esa geografía, su narración sobre los campos semánticos del Paraíso:

2. El paraíso es un lugar situado en tierras orientales, cuya denominación, traducida del griego al latín, significa «jardín»; en lengua hebrea se denomina Edén, que en nuestro idioma quiere decir «delicias». La combinación de ambos nombres nos da «El jardín de las delicias». Allí, en efecto, abunda todo tipo de arboledas y frutales, incluso «el árbol de la vida». No existe allí ni frío ni calor, sino una templanza constante. 3. De su centro brota una fontana que riega todo el bosque, y se divide en cuatro ramales (...) La entrada a este lugar se cerró después del pecado del hombre. Por doquier se encuentra rodeado de espadas llameantes, es decir se halla ceñido de una muralla de fuego de tal magnitud, que sus llamas casi llegan al cielo. 4. Un querubín, ósea el baluarte de los ángeles, se encuentra, llameante espada en su mano, para prohibir el paso a los espíritus malignos: las llamas alejan a los hombres, y los ángeles, a los ángeles malos, para que las puertas del paraíso estén cerradas a la carne y al espíritu que desobedeció.¹¹

El paraíso se encuentra en el mundo, por los rumbos asiáticos, un espacio exuberante y vedado al hombre. Los Viajes de Mendeville del siglo XIV son un ejemplo más de la importante estabilidad de la geografía imaginaria. En su relato narran las certezas que transmite la idea material del paraíso terrenal, imágenes de gran calado en la cosmovisión del Oriente:

El Paraíso terrestre, según esos sabios, se halla en el punto más alto de la tierra. Está tan alto que casi roza el círculo de la luna. Está tan alto que el diluvio de Noé no pudo llegar hasta allí. El diluvio cubrió toda la tierra del mundo, excepto el Paraíso. Este Paraíso está completamente rodeado por una muralla, que no se sabe de qué está hecha porque las paredes de la muralla, que no se sabe de qué está hecha porque las paredes de la muralla, según parece, están completamente cubiertas de musgo. Se cree que la muralla no está hecha de piedra, ni de otro material del que se hacen las murallas. La muralla del Paraíso se extiende de sur a norte y solo tiene una entrada, que es infranqueable porque despiden llamas, de formas que ningún mortal se atrevería a traspasarla (...).¹²

⁹ Véase el libro de Louis-André Vignerat, *La búsqueda del paraíso y las legendarias islas del Atlántico*.

¹⁰ Isidoro de Sevilla, *Etimologías*, pp. 997-999.

¹¹ *Ibid.*, p. 999.

¹² Extracto de John Mendeville, *Los viajes de Sir John Mendeville*, citado en la obra de Umberto Eco, *Historia de las tierras y los lugares legendarios*, p. 168.

Existen dos modelos de afrontar los simbolismos del Oriente en la empresa de expansión ultramarina. Son estrategias para pensar la autoridad y la experiencia en los relatos de viaje. En el fondo marcan aproximaciones para enfrentar el *novum*, que implican diferentes formas de narrar lo extraño. Estratagemas cognitivas que surgen al pensar el sentido de lo visto, la significación otorgada a la experiencia. Cuando los relatos del viaje se narran bajo la autoridad de la tradición a ultranza, los saberes del pasado posibilitan el viajar: la experiencia se doma en el saber. Cuando la experiencia alimenta la observación, ocurre el encuentro con la novedad, se vive en la continua sorpresa, en la apertura.¹³

En ese marco tiene sentido trazar una comparación entre el *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón y el texto de Pigafetta. El viaje inaugural frente al viaje que cierra el círculo. La empresa colombina está aún atrapada en las autoridades en tanto que condición de posibilidad: con ellas lee el espacio. El primer viaje se encuentra capturado en el imaginario construido por la obra de Marco Polo. La búsqueda de Cipango y el gran Khan acompañan en cada isla al navegante. En su diario del 20 de octubre señala que:

...y después de partir para otra isla grande mucho, que creo debe ser Cipango, según las señas que me dan estos indios que yo traigo, a la cual ellos llaman colba, en la cual dicen que hay naos y mareantes muchos y muy grandes, y de esta isla hay otra que llaman Bohio, que también dicen que es muy grande. Y a las otras que son entre medio veré así de pasada, y según yo hallare recaudo o especiería determinaré lo que he de hacer. Más todavía tengo determinado de ir a la tierra firme y a la ciudad de Quisay, y dar las cartas de Vuestras Altezas al gran khan y pedir respuesta y venir con ella.¹⁴

El *Almirante* no viaja por el Caribe, aún no existe en su mundo. Realiza una travesía en su cosmovisión, por los rumbos de Oriente que su saber demarca. Va en busca de metas significativas: las ciudades que mostró Marco Polo en su relato, por esos reinos imaginarios llenos de *millones* y riquezas que alientan sus deseos. Pigafetta no está del todo encarcelado en la autoridad de la tradición, aunque su travesía busca descubrir la India Superior, por la experiencia del viaje y su reflexión en el regreso, logra matizar y tomar distancia de la autoridad.

Una distancia para *pensar con ella*: conoce los clásicos y con ellos organiza su mirada: “Nos contaron de esta isla un fenómeno singular, que en ella jamás llueve, (los antiguos creían que no llovía nunca entre los trópicos), y que no hay ni fuente ni río”.¹⁵

¹³ En el fondo es un enfrentamiento entre lo nuevo y lo viejo, una clausura cognitiva o una presión empírica frente a la novedad. Véase como ejemplo posterior, pero en el mismo sentido, el libro de Marc Fumaroli, *Las abejas y las arañas. La Querrela de los antiguos y los Modernos*.

¹⁴ Cristóbal Colón, *Diario de abordo*, p. 121.

¹⁵ Pigafetta, *Primer viaje...*, p. 13.

El relato no se encuentra atado a sus saberes, las autoridades son paradigmas que pueden ser matizados por el viaje y su recorrido, pero aun sigue observando bajo sus simbolismos, como veremos posteriormente.

Un punto que ilustra esa tensión se encuentra en un eje interpretativo de la primera generación de descubridores: el tema del Paraíso Terrenal. En el tercer viaje colombino a las Indias el Almirante señala:

...la Sacra Escritura testifica que nuestro señor hizo al paraíso terrenal y en él puso el árbol de la vida y de él sale una fuente de donde resultan en este mundo cuatro ríos principales: Ganges en India, Tigris y Éufrates en... los cuales apartan la sierra y hacen la Mesopotamia y van a tener en Persia y el Nilo que nace Etiopía y va en la mar en Alejandría.¹⁶

La riqueza de la cita es excepcional, se puede apreciar la profundidad de la erudición del Almirante, la formas de referenciar su pensamiento y sus observaciones, pero también las ataduras que le provocaban una cierta clausura cognitiva al estar trepado sobre los hombros de gigantes. Para Cristóbal Colón la autoridad demarca el mundo frente a la experiencia. Entre sus saberes aún pueden pensar los ejes que le dan cimiento a la realidad geográfica de su viaje.

La experiencia de búsqueda adquiere sentido entre las imágenes paradisiacas. Es por lo que en sus travesías construyó una certeza al contar su geografía:

Yo no tomo que el Paraíso Terrenal sea en forma de montaña áspera como el escribir de ello nos muestra, salvo que él sea en el colmo, allí donde dije la figura del pezón de la pera, y que poco a poco, andando hacia allí, desde muy lejos se va subiendo a él; y creo que nadie no podría llegar al colmo como yo dije, y creo que pueda salir de allí esa agua, bien que sea de lejos y venga a parar allí donde yo vengo y hasta este lago. *Grandes indicios son éstos del Paraíso terrenal, porque el sitio es conforme a la opinión de estos santos y sacros teólogos, y asimismo las señales son muy conformes*, que yo jamás leí ni oí que tanta cantidad de agua dulce fuese así dentro y vecina con la salada; y en ello ayuda así mismo la suavísima temperancia.¹⁷

(...)

Y ahora, entre tanto que vengan noticias de esto, de estas tierras que ahora nuevamente he descubierto, en que tengo sentado en el anima que allí es el Paraíso Terrenal.¹⁸

Para Cristóbal Colón, el mundo aún tiene misterios que son enunciados por la tradición, su experiencia refuerza los imaginarios construidos en el saber. La realidad está atravesada por símbolos densos que articulan las creencias y son el eje cartográfico de su

¹⁶ Colón, *Diario...*, p. 289.

¹⁷ Colón, *Diario...*, p. 290. Las cursivas son mías.

¹⁸ *Ibid.*, p. 291.

desplazamiento. Ello no implica una total clausura cognitiva, enuncia bajo un régimen de verdad repleto de simbolismos que aún no desaparecen del mundo.

Apenas una generación después, cuando las Indias se están incorporando por la conquista del mundo conocido, pareciera que algo cambió en esas coordenadas teológico-espaciales. Para Antonio Pigafetta esas coordenadas y sus simbolismos ya no significan gran cosa:

Cuando habíamos pasado la línea equinoccial, acercándonos al polo antártico, perdimos de vista la estrella polar. Dejamos el cabo entre el sur y el sudoeste, e hicimos rumbo a la Tierra que se llama Versino...¹⁹

Ya no se encuentra la incertidumbre de lo desconocido, la acumulación de experiencias logró *domar* parte del saber teológico en la navegación geográfica, tal vez lo desplazó. En la reflexión *ex post facto* sólo son coordenadas por superar en el marco de un viaje más largo. La meta resignifica el saber y el espacio. Pero no ha roto totalmente con la Tradición, su interpretación se vuelve selectiva, la erudición y el saber que lo acompañan producirá otros frutos imaginarios, la alteridad transitará por sus significados.

**

Toda información sobre cosas vistas está hecha en buena parte de cosas vistas por otros.
Marc Bloch, *Introducción a la Historia*.

Espejos de alteridades

La construcción de las representaciones de la otredad que emergieron en la experiencia del viajar es un tema recurrente en la historia de los estereotipos. Es un lugar común en la literatura de viajes: encontrar *hombres diferentes* en los diversos extremos de la ecúmene. Las descripciones emanadas de esos sucesos configuran alteridades radicales: “Es una diversidad que no excluye cierto aire de familia. Más allá de las mascararas se adivina la misma esencia humana: se trata del ser humano diferente en sus innumerables encarnaciones”.²⁰ El viaje permite enfrentarse en un sistema de espejos: la imagen del otro va modificándose en sus múltiples reflejos, entre el deseo, la experiencia y la ficción.

Un efecto del viajar por los límites es que las certezas se relativizan. Las reglas del mundo que se desplaza se mueven, al menos para los observadores. Por esos *tristes*

¹⁹ Pigafetta, *Primer viaje...*, p. 14

²⁰ Lucien Boia, *Entre el ángel y la bestia*, p. 11.

tropiques las leyes de la sociedad cambian, en el mundo de la alteridad, las convenciones sociales funcionan de forma distinta:

Realizamos aquí *excelentes negociaciones*: por un anzuelo o por un cuchillo, nos daban cinco o seis gallinas; dos gansos por un peine; por un espejo pequeño o por un par de tijeras, obteníamos pescado suficiente para alimentar diez personas; por un cascabel o una cinta, los indígenas nos traían una cesta de patatas, nombre que se da a ciertas raíces que tienen más o menos la forma de nuestros nabos y cuyo gusto se aproxima al de las castañas. *De una manera igualmente ventajosa*, cambiábamos las cartas de los naipes: por un rey me dieron seis gallinas, creyendo que con ello habían hecho un magnífico negocio.²¹

Los hombres diferentes emergen en los relatos, se bosquejan desde el marco de la cosmovisión enunciativa, los *otros* sólo pueden ser delineados bajo la condición originaria de la humanidad:

Los brasileros no son cristianos, pero tampoco son idólatras, porque no adoran nada: *el instinto natural es su única ley*. Viven tan largo tiempo, que es frecuente encontrar individuos que alcanzan hasta los ciento veinticinco y aún algunas veces hasta los ciento cuarenta años. Tanto las mujeres como los hombres andan desnudos.²²

Una postal casi naturalista de la edad dorada. Hombres con vidas elongadas depositados en los pliegues del mundo. Esa otredad produce evocaciones en el universo del saber: “Al verlos tan negros, completamente desnudos, sucios y calvos, se les podría confundir con los marineros de la laguna Estigia”.²³

Esos hombres diferentes deben vivir vidas extrañas, hábitos radicales. El fantasma del canibalismo emerge con su poderoso efecto salvaje. Pigafetta encuentra entre las costumbres del otro la explicación de “su” canibalismo, un relato cuasi culturalista de las prácticas sacrificiales:

Una vieja no tenía sino un hijo que fue muerto por los enemigos. Algún tiempo después, el matador del joven fue hecho prisionero y conducido delante de ella; para vengarse, esta madre se lanzó como un animal feroz sobre él y le desgarró un hombro con los dientes. El hombre tuvo la suerte no sólo de escaparse de las manos de la vieja y de evadirse, sino también de regresar a los suyos, a quienes mostró la huella de los dientes que llevaba en el hombro, y les hizo creer que los enemigos habían tratado de devorarlo vivo. *Para que los otros no les aventajasen en ferocidad, se determinaron a comerse realmente a los enemigos que se tomaron en los combates, y éstos hicieron otro tanto*. Sin embargo, *no se los comen inmediatamente, ni tampoco vivos, sino que los despedazan y los reparten entre los vencedores*. Cada uno se lleva a su casa la porción que le ha cabido, la hace secar al humo y cada ocho

²¹ Pigafetta, *Primer viaje...*, p. 15. Las cursivas son mías.

²² *Ibid.*, pp. 15-16. Las cursivas son mías.

²³ *Ibid.*, p. 16.

días asa un pequeño pedazo para comérselo. He tenido noticia de este hecho de Juan Carvalho, nuestro piloto, que había pasado cuatro años en el Brasil.²⁴

Un trofeo que se come cocido, lo más radical puede ser domesticado cuando se enuncia su principio. El *ojo* se apropia así de las diferencias: verbaliza en significaciones lógicas los misterios del mundo. La condición natural de la otredad se anula en la medida en que el silencio de la extrañeza radical se esfuma, bajo una hermenéutica de sus costumbres todo puede ser comprendido. Explicar es entender, al menos para quien construye la *elucidación*.

El hombre diferente increpa por su presencia ante los ojos. En su avistamiento, en la posibilidad de encontrarse.

El trabajo sobre el cuerpo muestra que se está ante lo distinto:

Los brasileros, tanto las mujeres como los hombres, *se pintan el cuerpo*, especialmente el rostro, de una manera extraña y en diferentes estilos. Tienen los cabellos cortos y lanudos, y carecen de pelos en todo el cuerpo, porque se los arrancan. *Usan una especie de chupa hecha de plumas de loro*, dispuestas de manera que las mayores de las alas y de la cola les formen un círculo en la cintura, lo que les da una figura extraña y ridícula. Casi todos los hombres llevan el *labio inferior taladrado* con tres agujeros por los cuales pasan pequeños cilindros de piedra del largo de dos pulgadas. Las mujeres y los niños no poseen este incómodo adorno. Añadid a esto que *andan enteramente desnudos por delante*. *Su color es más bien oliváceo que negro*. Su rey lleva el nombre de cacique.²⁵

Pintura corporal sobre un lienzo desnudo, la corporalidad es un signo del encuentro con lo diferente. Una estrategia distinta para representar la alteridad implica bosquejarla desde la naturaleza de sus creencias. Hay que recordar que el Papa es un destinatario del relato de Pigafetta. Había que mostrarle la lógica religiosa de los salvajes encontrados en la travesía.

En un guiño al soberano Pontífice, Pigafetta señala que: “Estos pueblos son en extremo crédulos y bondadosos y sería fácil hacerlos abrazar el cristianismo”. En ese mundo natural tienen las disposiciones para su conversión: “Cuando desembarcamos a oír misa en tierra, asistieron a ella en silencio, con aire de recogimiento”. La mirada del viajero occidental busca en el otro el potencial para que se transforme, el viejo truco de la expansión cristiana. Retóricas cristianas de la mente colonial.

²⁴ *Ibid.*, pp. 16-17. Las cursivas son mías.

²⁵ *Ibid.*, p 17. Las cursivas son mías.

Un estrecho de gigantes

Una suerte de alteridad radical se encuentra atesorada en la narrativa de Pigaffeta. Sin duda, en los viajes se encuentran cosas maravillosas:

Aquí es donde habitan los caníbales, es decir, los que comen carne humana. Uno de ellos de *estatura gigantesca* y cuya voz se asemejaba a la del toro, se aproximó a nuestra nave para tranquilizar a sus compañeros, que, temiendo que les quisiésemos hacer daño, se alejaban de la costa para retirarse con sus efectos hacia el interior del país. Para no dejar escapar la ocasión de verles de cerca y de hablarles, saltamos a tierra en número de cien hombres, persiguiéndolos a fin de poder atrapar algunos, más daban unos pasos tan desmesurados, que, aun corriendo y saltando, no pudimos nunca alcanzarlos.²⁶

Avistamiento de alteridades extremas pero que son concebibles desde la lógica de la cosmovisión del navegante. Son apariciones literarias que resuenan ampliamente en la lógica de los lectores, en los destinatarios del relato. Su extrañeza se matiza al ser trabajada bajo la autoridad de una tradición que encuentra natural la existencia de gigantes a lo largo de la historia y que al parecer sobrevivían ocultos en los confines. Todo mundo lo sabe...

El ojo ha descubierto algo verosímil. En tierras agrestes es natural que existan, esas otredades imaginarias funcionan como *operadores lógicos* para pensar lo extraño: una alteridad conocida habita en el corazón de los confines.

Esa imagen cuasi metafísica se entrelaza en los marcos del saber, es concebible desde el horizonte religioso en donde alberga un lugar destacado. El saber sobre el Gigante resuena en la tradición de Occidente. El relato bíblico inaugura la tradición para pensar el origen y la naturaleza de los gigantes en un mundo gobernado por Dios. Son poblaciones que vienen de los primeros tiempos, de una época antigua: de la primera multiplicación de los hombres después de la Creación.

De la unión de las hijas de los hombres y de los hijos de Dios, nacen los *Nefilim*, creaturas de excepción en la antigüedad.²⁷ En la lógica del relato abren la temporalidad humana, permiten que en los hombres se constituya un espacio; con su diferencia se instituyen como límite de la historicidad de la creatura caída.

Un *metarelato* de la corrupción atraviesa la historia de los gigantes. Para el autor del siglo I Flavio Josefo esa condición llevó a que vivieran juntos ángeles de Dios y las

²⁶ Pigafetta, *Primer viaje...*, p. 19.

²⁷ Génesis 6.

mujeres de la tierra, las cuales de esa unión engendraron “niños injuriosos” que por su enorme fuerza despreciaban la Ley; esos personajes eran homólogos a los gigantes griegos.²⁸ Los gigantes pertenecen a la temporalidad de los orígenes y su función es generar transiciones para lograr que florezca la humanidad.

Según Jan Bondeson: “Entre los primeros teólogos judíos y cristianos la opinión común era que se había engendrado una raza de gigantes, por el escandaloso matrimonio con personas de rango inferior entre los *fili Dei* y las lascivas hijas de la tierra, y que estos gigantes eran inherentemente malos”.²⁹

Los padres de la Iglesia y las autoridades eclesiásticas siguieron pensando en ese canal interpretativo, en lo verosímil que resultaba un mundo que aceptaba la existencia de gigantes: san Agustín daba total credibilidad a su presencia en la Creación, incluso él les da certeza empírica: había visto restos de ellos, molares inmensos de “hombres tan grandes” que se podrían hacer cientos de molares normales.³⁰ Pruebas para el ojo de la presencia de seres desmesurados, que habían dejado sus huellas. Agustín se basa en autores antiguos para afirmar la existencia de esos seres emanados de la tradición cristiana. Isidoro de Sevilla explica que esos seres imaginarios son prodigios emanados de la autoridad Divina, un giro de tuerca para poder tener cabida en un mundo pensado por el demiurgo universal.

Ya no son solamente los hijos de los ángeles de Dios, bajo su interpretación tienen una naturaleza física, también son parte del mensaje divino. Un prodigio mandado para señalar y significar algo en la prosa del mundo. En ese sentido, en la cosmovisión que se desplaza con los descubridores, la existencia de seres gigantes en natural, forman parte del mundo desde sus añejas etapas: “Se creía que el tamaño de la raza humana había ido disminuyendo y que, antes del diluvio universal, la gente tenía una estatura de 50 pies por lo menos”.³¹ La grandeza de otrora se disminuía, una lógica de los tiempos idos, que abrió la puerta a la temporalidad humana.

En los mares del Sur aparecen esos seres de frontera. En ese viaje el *acontecimiento* debe emerger, irrumpir como sorpresa. Curiosamente aparece como otredad conocida, pensable, imaginada. En los extremos del *Orbis*, en su radical extrañeza nada mejor que encontrar lo cognoscible. Es una estrategia de aprehensión del mundo. En la narrativa de

²⁸ Flavio Josefo, *Antigüedades de los judíos*, p. 51.

²⁹ Jan Bondeson, *Gabinete de curiosidades médicas*, p. 98.

³⁰ San Agustín, *La ciudad de Dios*, p. 406.

³¹ Bondeson, *Gabinete de...*, p. 95.

Pigaffeta esa alteridad radical muestra su verdadero sentido simplemente con la ley de su presencia:

Transcurrieron dos meses antes de que avistásemos a ninguno de los habitantes del país. Un día en que menos lo esperábamos se nos presentó un *hombre de estatura gigantesca*. Estaba en la playa casi desnudo, cantando y danzando al mismo tiempo y echándose arena sobre la cabeza. (...) Al vernos, manifestó mucha admiración, y levantó un dedo hacia lo alto, quería sin duda significarnos que pensaba que habíamos descendido del cielo.³²

Esa imagen se condensa en un cuadro de exotismo en la lejanía, en su natural condición cuasi originaria. Expresa un comportamiento primitivo entendible por su cercanía a los orígenes. Su espontaneidad se entiende que florezca en la distancia, como ejemplo de aquello que vive sin mancha; en la pureza de los lugares escondidos del mundo.

Antonio Pigaffeta presenta en el relato el perfil de un hombre desmesurado: al cual la tripulación le llegaba a la cintura, lo describe con pintura facial y pigmentos en su cuerpo. Un ser que vive en los confines se bosqueja vestido con los ropajes tradicionales del salvajismo para Occidente: “Estos pueblos se visten, como lo he indicado ya, *de la piel de un animal*, y con la misma cubren sus cabañas, que transportan donde más les conviene, careciendo de morada fija, pero yendo, como los bohemios, a establecerse ya en un sitio ya en otro.”³³

Las mujeres comparten la desmesura de esa “raza de gigantes” del sur:

Las mujeres no son tan grandes como los hombres, pero en cambio son más gruesas. Sus pechos colgantes tienen más de un pie de largo. Se pintan y visten de la misma manera que sus maridos, pero usan una piel delgada que les cubre sus partes naturales. Y aunque a nuestros ojos distaban enormemente de ser bellas, sin embargo, sus maridos parecían muy celosos.³⁴

El almirante Magallanes los bautiza como *gigantes de la Patagonia*. Forman una sociedad de Gigantes que vive atrapada entre las latitudes de añejos mapamundis. Pigaffeta para construir certeza sobre su naturaleza muestra ciertos rasgos que delimitan su especificidad.

Las diferencias que construye se expresan en lo nutricional:

Se alimentan de ordinario de carne cruda y de una raíz dulce que llaman capac. Son grandes comedores: los dos que habíamos cogido se comían cada uno en el día una cesta llena de

³² Pigaffeta, *Primer viaje...*, p. 21

³³ *Ibid.*, p. 27

³⁴ *Ibid.*, p. 22-23

bizcochos y se bebían de un resuello un medio cubo de agua. Devoraban los ratones crudos y aun con piel.³⁵

En términos religiosos los gigantes tienen rasgos de la identidad inversa. Su radical vida espiritual le pertenece a otro. Al enfocar la mirada, como todos los personajes de las Indias, muestra su condición de capturado por el añejo *Enemigo*: el viejo truco cristiano de demonizar al otro:

Parece que su religión se limita a adorar al diablo. Pretenden que cuando uno de ellos está para expirar, se aparecen de diez a doce demonios que bailan y cantan a su derredor. Uno de ellos, que hace más ruido que los demás, es el jefe o gran diablo, que llaman Setebos; los inferiores se llaman cheléale. Están pintados como los habitantes del país. Nuestro gigante pretendía haber visto una vez un demonio con cuernos y pelos tan largos que le cubrían los pies, y arrojaba, según añadió, llamas por delante y por detrás.³⁶

Pero nadie es tan salvaje en un mundo creado por Dios. Ese *pensée sauvage* cultiva también una *ciencia de lo concreto*:

Por muy salvajes que sean, no dejan estos indios de poseer *cierta especie de ciencia médica*: por ejemplo, cuando se sienten mal del estómago, en lugar de purgarse, como lo haríamos nosotros, se introducen bastante adentro en la boca una flecha para provocar los vómitos, lanzando una materia verde, mezclada con sangre. Lo verde proviene de una especie de cardo de que se alimentan. Si tienen dolor de cabeza, se hacen una incisión en la frente, efectuando la misma operación en todas las partes del cuerpo donde sienten dolor, a fin de dejar salir una gran cantidad de sangre de la región dolorida. Su teoría, que nos fue explicada por uno de los que habíamos cogido, está en relación con su práctica: el dolor, dicen, es causado por la sangre que no quiere sujetarse en tal o tal parte del cuerpo; por consiguiente, haciéndola salir debe cesar el dolor.³⁷

Una imagen de la alteridad imaginada se labra con la figura de los gigantes de la Patagonia. Gran recurso retórico de las escrituras sobre el Nuevo Mundo. Bajo sus trazos las *maravillas* se vuelven cuerpos descomunales que puede ser trabajados bajo otros símbolos: carne que deberá ser esculpida bajo una tecnología espiritual para ser redimida,

*Durante el viaje cuidaba lo mejor que podía al gigante patagón que estaba a bordo (...) Un día que le mostraba la cruz y que yo la besaba, me dio a entender por señas que Setebos me entraría al cuerpo y me haría reventar. Cuando en su última enfermedad se sintió a punto de morir, pidió la cruz y la besó, rogándonos que le bautizáramos; lo que hicimos dándole el nombre de Pablo.*³⁸

³⁵ *Ibid.*, p. 27

³⁶ *Ibid.*, pp. 26-27.

³⁷ *Ibid.*, p. 26

³⁸ *Ibid.*, p. 34. Las cursivas son mías. Para un análisis con mayor amplitud y profundidad de las historias de gigantes en las *crónicas americanas* véase de mi autoría “Gigantes por las Indias Occidentales. Estructuras

El sueño colonial se despliega incluso en el mundo imaginario de las alteridades. Atraviesa todas las escrituras de la empresa de *Descubrimientos*. Lo encontrado debe ser domesticado por la escritura, debe ser traducido a la cosmovisión de la época. La enunciación ocurre desde la verticalidad del sentido, en marcos de poder bien afianzados. Bajo la eficacia de la pluma ocurre una narrativa muy clara: El destino de la humanidad en la expansión Occidental es dejar de ser, ser otro. Morir o cambiar.

Un cadáver o un sujeto transformado, *des-civilizado*. En la conversión adquiere su verdadero significado. El gigante ilustra el futuro de la alteridad: es una postal de la clausura de la otredad, de su imposibilidad en un mundo que se estaba haciendo redondo y cuyo destino parecía rendirse ante el imperialismo de la Cruz.

Conclusión

Múltiples marcas de alteridad se escribieron en la expansión ultramarina de Occidente. El viaje fue el instrumento que produjo escrituras, la condición de posibilidad de los saberes para comprender-delimitar un mundo. Experiencias densas que procesaron lo visto y lo vivido bajo los correlatos de autoridad vigentes en el momento de inscribirse.

En esas narraciones se doman el cúmulo de experiencias: los ojos se despliegan para ver en los confines, sus percepciones constituyen la aprensión de lo novedoso, al comunicarse pueden construir verdad, la mediación social ante el éxito del regreso. La pedagogía que patrocina la *victoria* se instituye como una forma de *conocer los márgenes*: la experiencia de la travesía fue expuesta para la mirada de la identidad.

Narraciones para el mundo que viajó con los exploradores; que codificaron, en las formas tradicionales del saber, las vivencias y los conocimientos de la época. En esa época, solo a través de la lógica de un relato, se podían *ver* los confines del mundo.

Los relatos de viajes fundaron la mediación para acreditar lo ocurrido en los márgenes. Viajar implica ver, pero ver también es reconocer e interpretar lo visto. Ese proceso cognitivo es trasladado a la narración. *Inscrito* puede transmitirse para un mundo. Una gran estrategia para enunciar lo diferente fue estructurarlo con una serie de imágenes, formas tradicionales para conocer lo otro; le dan peso y visibilidad. En representaciones cargadas de simbolismo se recapitulan los múltiples imaginarios sobre la *liminalidad*.

de replicación en el Nuevo Mundo”, en el libro *Fragments de antropología histórica* que se encuentra en prensa.

Con esas marcas, la escritura sobre la alteridad americana se apropió del espacio vacío y mudo.

El efecto de lectura que producen esos relatos generó ensoñaciones de la otredad por siglos. Diferentes espejos de la alteridad occidental emergieron de sus páginas. La empresa de Magallanes establece las primigenias imágenes de lo brasileño, construcciones en el marco de la administración de las semejanzas de *hombres diferentes*. Entre esos pliegos una gran postal americana emergió de la escritura de Pigafetta: los *gigantes de la Patagonia*. En un mundo poblado aún de viejos mitos, el saber sobre el gigante ilustra una figura de transición. Su existencia muestra restos de un tiempo ido, un mundo de maravillas que ocurre en un momento transicional de la expansión occidental.

Antonio Pigafetta arma su escritura como una mediación para pensar la distancia, llena de contenidos los recovecos de un itinerario. La radicalidad de las diferencias es consustancial al trayecto recorrido: el primer encuentro con los brasileños se significa de forma menos densa que las tonalidades y peripecias que se permite para presentar a los gigantes del sur. En la crónica de viaje su prosa desarrolla ampliamente las otredades, en detrimento del enorme trecho del recorrido: lo que importa es transmitir sentido, las tonalidades y a veces la personalidad de los sujetos observados. Las alteridades sirven para definir la espacialidad, están entrelazadas: es una suerte de mapamundi con imágenes. Pensando en la lógica de un mapa, delimitan los imaginarios que deben ser representados. Una forma de poblar los extremos.

El caballero de Rodas construye una suerte de ensoñación que encanta. Los protagonistas de las *ficciones* que trabaja son profundamente atractivos: el *gigante Pablo* y el trazado del arco dramático para su conversión, las mujeres brasileñas y las peripecias de la desnudez, etc., narrativas que el *colonialismo mágico* inventa para probar sus hazañas. La transparencia del relato colonial abruma con la riqueza descriptiva, condición de posibilidad para ejercer el dominio sobre un mundo que recién se estaba volviendo redondo.

Bibliografía

AYLLI, Pierre d', *Ymago Mundi y otros opúsculos*, Madrid: Alanza, 1992.

BARTRA, Roger, *Antropología del cerebro*, México, FCE, 2014.

BLOCH, Marc, *Introducción a la historia*, México, FCE, 1995.

- BOIA, Lucian, *Entre el ángel y la bestia*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1995.
- BONDENSON, Jean, *Gabinete de curiosidades médicas*, México, Siglo XXI, 1998.
- CHINCHILLA, Perla, “Las ‘formas discursivas’. Una propuesta metodológica”, *Historia y Grafía*, UIA, núm. 43, jul-dic, 2014, pp. 15-40.
- COLÓN, Cristóbal, *Diario de abordo*, Madrid: Promo Libros, 2003.
- ECO, Umberto, *Historia de las tierras y los lugares legendarios*, Italia, Lumen, 2013.
- FUMAROLI, Marc, *Las abejas y las arañas. La Querella de los antiguos y los Modernos*, Barcelona, Acantilado, 2008.
- HARTOG, François, *El espejo de Heródoto*, Buenos Aires, FCE, 2003.
- HIPONA, Agustín de, *La ciudad de Dios*, México, Porrúa, 2004.
- JOSEFO, Flavio. *Antigüedades de los judíos*, Barcelona, Clie, 2013.
- KOSELLECK, Reinhart, *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Barcelona, Paidós, 2001.
- PIGAFETTA, Antonio, *Primer viaje alrededor del Globo*, Sevilla, Civiliter, 2012.
- SEVILLA, Isidoro de, *Etimologías*, Madrid, BAC, 2004.
- VIGNERAS, Louis-André, *La búsqueda del paraíso y las legendarias islas del Atlántico*, Valladolid, Casa de Colón, 1976.